

La Lectura Popular



PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

LA IGLESIA Y LA LIBERTAD

Un gran acontecimiento llama en este momento la atención de todo el mundo: la Cruzada levantada por el Cardenal Lavignerie contra la esclavitud de negros de Africa, bajo la protección del Sumo Pontífice Leon XIII, y con la ayuda de un puñado de católicos que á la manera de los antiguos cruzados van á abandonar su patria y su familia para defender la libertad de sus hermanos.

El cuadro es magnífico, sorprendente, arrebatador.

¿Y cómo no serlo en un siglo tan positivista como el nuestro; en un siglo en que la ambición y el egoísmo todo lo dominan; en que el afán de enriquecerse y gozar ha llegado hasta la locura; y en que el hombre convertido en *lobo del hombre* no tiene inconveniente de engañarle, robarle, asesinarle y hasta sacarle las entrañas si sus entrañas pueden servirle para hacer algun negocio? (1)

La figura del Cardenal Lavignerie predicando hoy una cruzada á la faz de este siglo de rufianes y ambiciosos es una figura verdaderamente gigantesca.

Pero... ¿es acaso nueva en la Iglesia de Cristo?

De ningun modo.

La Iglesia ha sido siempre madre de héroes, y la única que ha defendido la libertad de todas veras.

Y sino alla vá la prueba.

A principios del siglo XIII San Juan de Mata fundó la órden de la Santísima Trinidad para la redención de cautivos. Solo en el primer viaje que hicieron á Africa, dos de sus religiosos lograron traerse en libertad ciento ochenta y seis redimidos; en el segundo viaje, hecho por el mismo Santo en persona, se trajo consigo ciento veinte esclavos libertados.

Pocos años despues S. Pedro Nolasco fundó la órden de la Merced con el mismo objeto, y no fueron menos sublimes ni menos fructuosos los sacrificios

(1) En Inglaterra una mano desconocida ha asesinado ya varias mujeres para sacarles las entrañas; en Almería son ya dos niñas las que han aparecido destripadas del mismo modo; en la Coruña han desaparecido tres, y se teme que hayan sufrido la misma suerte.

que hizo por la libertad humana. Solo en los dos viajes á la Moreria redimió más de cuatrocientos cautivos. Sus religiosos no solo hacian voto de pobreza, castidad y obediencia, sino que se obligaban tambien á quedarse cautivos si así convenia para redimir á sus hermanos. San Ramon Nonato, en cumplimiento de esta promesa, permaneció ocho meses cautivo, y hasta sufrió que le taladraran los labios con un hierro hecho ascua y se los cerraran con un candado. S. Pedro Pascual, Obispo de Jaen, despues de emplear todas sus rentas en tan santo objeto, cayó él tambien prisionero; y cuando el clero de su diócesis le mandó varias partidas de dinero para su rescate, las invirtió todas en rescatar á otros, y continuó él mismo esclavo hasta que fué muerto por los agarenos.

Y no fueron solos los Trinitarios y Mercedarios los que trabajaron en esta santa empresa; fueron tambien los dominicos, franciscanos, capuchinos, jesuitas, y aun los sacerdotes seculares.

El célebre Obispo Las Casas combatió con heroico arrojo la esclavitud de América, y llegó á ordenar á los confesores de su diócesis que negasen la absolucion á los colonizadores que no diesen libertad á sus esclavos.

El mismo Las Casas obligó á Carlos V. á dar una ley en favor de los esclavos indios.

El Dominico Valdivieso murió en 1539 á manos de un gobernador bárbaro á causa de sus trabajos en contra de la esclavitud.

Francisco de S. Miguel, dominico tambien, fué perseguido en el Perú por sus trabajos en este sentido y tuvo que permanecer escondido un año entero en casa de un indio para huir de sus enemigos.

Otro dominico, Juan Ramirez, combatió sin descanso el tráfico de carne humana, y en 1583 presentó sobre esto á los preladados de Méjico una memoria que produjo excelentes resultados.

Anchieta, Lorenzana, Montoya y Diaz Taño, sacerdotes de la Compañia de Jesús, trabajaron en el Brasil con tanto ahinco contra los *cazadores de hombres*, que llegaron á conseguir permiso del

Rey para armar á los indios y defender su independencia.

El P. Taño, en 1639, obtuvo del Papa Urbano VIII un rescripto en favor de los negros, y fué tanto lo que trabajó por ellos que los irritados colonizadores europeos intentaron saquear el Colegio de jesuitas de Rio Janeiro, y lograron expulsar á estos de muchas partes despues de horribles vejaciones.

Pero los jesuitas no se asustaban por tan poco.

Á principios del siglo XVII fundaron en el Paraguay una República Cristiana para proteger á los salvajes contra la crueldad de los europeos; los enseñaron á manejar las armas, y por este medio lograron en 1642 escarmantar á los *cazadores de esclavos* arrancando de sus garras á dos mil infelices Paraguayanos.

En 1639 los mismos jesuitas, despues de haber fundado hasta 30 ciudades de negros libres, lograron otro triunfo del expedicionario Texeiras que los perseguia, y á no haberles sido hostil la politica de Europa, ellos solos hubiesen conseguido la libertad de todos los pueblos esclavos.

En fin, seria no acabar nunca si quisiéramos narrar los trabajos de un San Francisco Solano á quien adora el Perú llamándolo el Apostol de las Indias; de un S. Pedro Claver á quien el mundo entero apellida el Apostol de los negros de un Alonso de Sandoval cuyo heroísmo admira á Nueva Granada, y de tantos hijos de la Iglesia Católica que al ardiente impulso de su Caridad han sacrificado su existencia por defender la libertad de los hombres. El P. Olmedo, de la órden de la Merced; Juan de Quevedo obispo de Darien; Ortiz y Menendez, obispo de Santa Maria; Diego de Lande, obispo de Yutacan; Agustin de la Coruña, en Popayan; el Arzobispo Toribio, en Lima; Garcia, de Toledo; Domingo de Santo Tomás; el P. Nebrija, el P. Nobili, el P. Acosta; todos estos ilustres religiosos, y otros muchos que seria prolijo enumerar, combatieron con denuedo en favor de la libertad humana precisamense contra los que se llamaban hombres civilizados y la atacaban para satisfacer su ambición y su

codicia.

Siempre ha sucedido lo mismo.

A la Iglesia se le ha llamado enemiga de la libertad, y sin embargo ha sido la única que la ha defendido de todas veras, aun á costa de la sangre de sus hijos.

En cambio, sus enemigos, al grito de libertad! no han hecho otra cosa que buscar la suya propia á trueque de esclavizar á los demás.

¡Qué contraste!

¿Cuándo querrá Dios que su luz nos haga abrir los ojos?

A. C. y G.

LOS HORRORES DE LA ESCLAVITUD

Quien quiera saber lo que son esos horrores y los beneficios que debemos á la iglesia que tanto ha trabajado y trabaja para estirparlos de la tierra, que lea la siguiente carta escrita por un negro traído á Europa para instruirse y servir de apoyo á sus hermanos.

Se dirige á los europeos con ocasion de la cruzada del Cardenal Lavignerie y dice así:

HERMANOS:

Vosotros vivís en tierras donde hay justicia. Cuando por la noche os acostáis para entregaros al dulce reposo estais seguros de que no os despertarán bandes armados de malhechores que vengan á asesinaros y á prender fuego á vuestras casas. Cuando se comete entre vosotros un crimen, la justicia interviene, persigue al culpable y le obliga á expiar su delito castigándole como merece.

¡No sucede así desgraciadamente en nuestra patria!

Diseminados por un vasto territorio, sin unión, sin fuerza, sin armas, estamos entregados al arbitrario poder de los que nos cazan como animales. Los más valerosos de nosotros caen luchando en defensa de los suyos. ¡Ay! ¡No son estos los más desgraciados!

Imaginad por un momento que vuestra nacion fuese invadida por numerosas hordas de bárbaros salvajes; que cuando estuviérais entregados al sueño rodeasen vuestras casas, y prendiéndoles fuego no os dejaran más salida para escapar de la muerte que la de las llamas mismas esperándoos armados en torno de la inmensa hoguera para mataros si ofreciais la más mínima resistencia, y en caso contrario separaros de vuestras esposas arojándose con brutales instintos sobre vuestras hijas y que atándoos fuertemente con argollas al cuello y cadenas á los pies, os llevaran juntamente con los otros esclavos obligándoos á caminar sin descanso, casi sin alimento ni bebida, á aquellos malditos lugares donde hombres, mujeres y niños

son vendidos como animales á los infames sectarios de Mahoma.

Imaginad que durante vuestra marcha taviérais que ver á cada momento á alguno de vuestros hermanos abandonado, moribundo, en medio del camino para ser presa de hienas y chacales que devorando ansiosos sus macilentas carnes sólo dejasen huesos que habian de servir de gaza en el desierto á las tristes caravanas que en pos de la vuestra llevasen el mismo camino con igual inhumano fin, y si sobreviviérais, á todos los horrores, tormentos y privaciones del largo viaje; y que una vez en el mercado de carne humana, fuérais cruelmente separados de vuestras esposas é hijos para convertirlos en adelante en propiedad del comprador y pasar de la categoria de ser racional á la de cosa, siendo instrumento de la mollicie si sois hombre, y de los brutales apetitos si sois mujer, de aquellos vuestros nuevos amos.

Europeos: ¿comprendeis bien el horrible sentido de esta palabra «cosa»?

Sois propiedad de un hombre feroz, embrutecido, que adquiere y ejerce derechos ¡ay! sobre vosotros, vuestras mugeres y vuestros hijos, que de tal manera contrarian todo sentimiento humanitario, que no es posible imaginarlos. ¡Qué martirio! ¡Qué atropello de la dignidad humana!

Y si os hallárais en semejante situacion y viérais como otros hombres hermanos vuestros disfrutaban pacíficamente de los bienes de esta vida, viviendo en la opulencia y gozando de todas las comodidades y de todos los placeres, sin temor á una bárbara invasion que viniera á poner fin á tanta dicha, por tener á su servicio ejércitos que pudiesen defenderlos en caso de agresion, ¡ah! con cuanto anhelo no tenderiais las manos hácia ellos implorando su auxilio!

Y si fuese posible—¡no lo permita Dios!—que desoyesen vuestros ruegos, ¡qué desesperacion tan grande no se apoderaría de vuestras alma!

¡Ah! ¡Vosotros que profesais la Religion cristiana no es posible que os asemejéis á aquellos seres desalmados que con brutal indiferencia ven morir á sus hermanos en el asqueroso cieno de la mas inmunda corrupcion moral!

¡Nosotros somos mártires, vosotros seréis nuestros redentores!

No dudo yo un momento siquiera que escaseen generosos jóvenes dispuestos á combatir á los cazadores de esclavos; pero el adalid de la civilizacion y del Cristianismo en el Africa os lo ha dicho: «No basta solo tener voluntarios, necesitamos tambien armas, y sobre todo dinero, sin el cual nada puede emprenderse en el siglo en que vivimos.»

Léame el libro de *Humanus*.

En este libro se dice claramente que lo único que nos puede salvar es la beneficencia, la caridad cristiana, la verdadera filantropía, que en medio del propio bien-

estar, no se olvida de las penas, fatigas y sufrimientos del prójimo.

No miréis sólo las dificultades que podais encontrar en vuestra empresa, antes de todo pensad en lo meritorio de la obra; seguid las inspiraciones de vuestro noble corazon y los preceptos de la religion cristiana que os dicen á una: ¡Tambien el pobre desgraciado negro es hermano tuyo; tambien él es criatura de Dios!

En nombre de sus desdichados compatriotas,

Farraghit Manuel Bienno,

Antiguo esclavo.

NUEVAS DESCRIPCIONES

En confirmacion de las verdades expuestas en la carta anterior insertamos á continuacion algunos fragmentos tomados de el libro de *Humanus* anunciado al fin de este número. Por ellos podrá deducirse lo que debemos á la religion cristiana que nos trajo el beneficio de la civilizacion.

Empezaremos con los siguientes trozos de una carta escrita por el explorador inglés Cameron al Cardenal Lavignerie con motivo de la nueva cruzada.

MONSEÑOR:

«Veo con suma alegria que Vuestra Eminencia ha venido á Londres para exponer á los ingleses el asunto de la trata de esclaves en el Africa Central.

»Durante los tres años que viajé por aquellas regiones fui á menudo testigo de los sufrimientos de los negros, ocupándome los cuatro años anteriores en perseguir los *dahous* (navios) de los árabes que trasportaban esclaves del Asia.

»Yo he visto, Monseñor, á esos infelices en los *dahous* agarrados de tal suerte, que tenian la barba pegada á las rodillas, cubiertos de heridas y medio muertos de hambre; atados los vivos con los cadáveres, mientras que la viruela diezmaba sus apretadas filas y aumentaba la miseria con su pernicioso contagio.

»Pero esto no es nada comparado con los horrores que se ven en el continente; allí son incendiadas las aldeas, los habitantes pasados á cuchillo al defender sus hogares, violadas las doncellas, los niños abandonados, y provincias enteras asoladas por la devastadora falange de bárbaros y codiciosos mercaderes. Si un conductor de esclavos permite alguna vez á una madre llevar á su hijo consigo, y ve despues que el pobre no tiene fuerzas para soportar la carga que ademas le es impuesta, arrancando el inhumano la criatura del regazo maternal, la estrella contra el suelo á los ojos de la desdichada madre! Millares de infelices moribundos, cubiertos de heridas y oprimidos bajo el peso de la coyunda que los sujeta cual si fuesen bue-

yes, caminan cargados ellos mismos con el botín que hicieron aquellos cru-
des en sus chozas. Cuando la marcha se inter-
rumpe los presos no disfrutan de nin-
gun alivio, sino se ven obligados á pre-
parar la cena y las comodidades para
el reposo nocturno de sus dueños; y
después, muchas veces sin haber comi-
do nada, se echan á dormir, tiritando
de frío y empapados en lluvia. Al que
ya no puede seguir la marcha, lejos de
quitarle las cadenas que le oprimen,
le abandonan atado para que no huya de
la muerte.

»Suele suceder con frecuencia que
hombres y mujeres abandonados de es-
ta suerte son vivos aún despedazados
por las fieras, menos crueles, no obsta-
te, que los infames conductores que
los dejan perecer sin compasión.»

Esto es horrible, pero no es menos
horrible la siguiente descripción de un
mercado de esclavos hecha por el P.
Vincke misionero de la estación de Ki-
banga.

«Como hace poco estuve en *Udschid-
schi*, voy á decir algo sobre esta pobla-
ción; pero me siento inhábil para des-
cribirla como ella se merece y tal como
la ví, y mi pluma se niega á referir to-
das las atrocidades que en ella se co-
meten. *Udschidschi* es la mas poblada
de las ciudades árabes del distrito de
Tangañica. A ella se dirigen todas las
caravanas de esclavos en su paso del
interior á Zanzíbar; allí celebran los
mestizos sus infernales asambleas para
deliberar en que puntos del país han
de hacer sus *razzias*; de allí provienen
todos los bandos que inundan actual-
mente á Mañema y arruinan esta co-
marca, antes también poblada. En suma
es otra Sodem, campo de todos los
crímenes, teatro de todos los horrores,
foco de todos los vicios.

»Yo antes había visitado el mercado
de *Udschidschi* repetidas veces, pero en-
tonces no me parecían los esclavos tan
numerosos, y de consiguiente no pude
ver aquel diabólico negocio en todos sus
atrocidades perennes. Cuando estuve
allí la última vez la población se halla-
ba materialmente atestada de infelices
negros.

»La plaza estaba llena de esclavos
que se presentaban á mi vista encade-
nados en largas filas, sin separación de
edades ni sexos. Varios de los que ve-
nían de Mañema tenían las orejas hor-
dadas, pasando por sus agujeros unas
cuerdecitas que impedían alejarse unos
de otros. En las calles tropezaba á cada
paso con esqueletos ambulantes, que á

duras penas se arrastraban apoyándose
en bastones, y sin cadenas, porque su
estado no les permitía huir aunque qui-
sieran. Los tormentos y fatigas se leían
con espantosa claridad en sus rostros
demacrados, cuyo aspecto hacía adivinar
que, más que las enfermedades, el ham-
bre era lo que minaba aquellas existen-
cias. Grandes cardenales y recientes he-
ridas en las espaldas demostraban el
bárbaro tratamiento que habrían sufrido
de sus verdugos, que no escasean
los golpes para acelerar el paso de sus
víctimas; otros, tendidos en la calle ó á
la puerta de las casas de sus dueños,
que, previendo su pronta muerte, ya no
les daban de comer aguardaban el fin
de su mísera existencia.

»Mejor que en el mercado y en las
calles pudimos ver las consecuencias
del infame negocio en un solar situado
en las orillas del lago. Este solar es el
cementerio de *Udschidschi*, ó mejor di-
cho, el sitio donde son arrojados á los es-
clavos muertos ó moribundos. Las hie-
nas, que tanto abundan aquí, ejercen el
oficio de sepultureros. Un cristiano re-
cientemente bautizado, que no conocía aun la
ciudad, quiso llegar hasta las orillas del
lago; pero al ver los cadáveres tendidos
en gran número al borde de la laguna,
medio desvarados por las hienas y las
aves de rapiña, retrocedió horrorizado
sin poder sufrir tan horripilante cua-
dro.

»Habiendo preguntado á un árabe por
qué los cadáveres eran tan numerosos al
rededor de *Udschidschi*, y por qué se les
dejaba tan cerca de los lugares habita-
dos, me contestó en un tono indife-
rente cual si se tratase de la cosa más
sencilla del mundo: »Pues ¿por qué ha-
de ser? Antes acostumbrábamos a llevar
los cadáveres de nuestros esclavos á
aquel lugar para que las hienas vinie-
ran á comérselos; pero este año el nú-
mero de muertos es tan crecido, que es-
tos animales no son suficientes para ha-
cerlos desaparecer, y han llegado á har-
tarse y á tener empachado de carne hu-
mana!l»

Ahora vean nuestros lectores como se
hace la caza de negros leyendo los
siguientes fragmentos del diario del P.
Minet de la compañía de misioneros de
Argel.

Kibanga 3 de Diciembre 1887.

Nada extraordinario había ocurrido
por la mañana; pero poco antes de me-
diadía divisamos en las alturas que cir-
cundan nuestra misión un tropel de
negros que venían huyendo hácia nos-
otros. Los primeros que llegan, nos in-

forman de que un cazador de esclavos,
jefe de mulatos del Oeste de Tangañica
había invadido el país, y que muchos
de los indígenas cuyas viviendas no es-
taban bajo el amparo de nuestra misión
contra tales asaltos, se proponían refu-
giarse en ella con toda su hacienda. Al
principio creímos que se trataba de una
falsa alarma, como no pocas veces suce-
de en esta región; pero á eso de las ocho
percibimos á lo lejos, en la cordillera
del lado acá del río Luva, límite del te-
rritorio de nuestra misión, una turba de
mestizos negros que marchaban hacia
el Oeste. Los recién bautizados huían á
todo correr para ponerse al amparo de
nuestra misión.

»En efecto, eran soldados de Mahoma
algunos de los caudillos indígenas, que
venían á hacer su *razzia*, como acostum-
bran, en las comarcas vecinas. Oímos
también que habían robado á dos de
nuestros niños. A toda prisa nos apres-
tamos al ataque, cerrando el *tambe* (tapia
que cerca la propiedad), y dimos munici-
ción á nuestros negros. Unos veinte de
ellos, con el padre Superior y el Pa-
dre Vinke á la cabeza, salieron al en-
cuentro de los infames perseguidores
para detenerlos y pedirles cuenta de la
invasión en nuestros territorios. Los de-
más, con el P. Guillemé y Fr. Jerónimo,
se quedaron guardando la casa y tran-
quilizando á los fugitivos. A 250 metros
de nuestra empalizada la vanguardia
se encontró con los *ruyarugas* (bandi-
dos), que habían recorrido las casas
robando cuanto caía en sus manos y a-
presando á los infelices que no habían
podido huir tan á tiempo como los que
llegaron á refugiarse á nuestro amparo,
á los cuales venían aquellos malvados
persiguiendo. Dióseles la voz de alto, y
les fueron enviados mensajeros para
que les dijese quiénes eran y qué pro-
pósito traían. En vez de contestarnos,
tomando otro camino se marcharon ha-
cia una aldea á orillas del Tangañica.
Poco después apareció otro grupo de
unos 150 hombres por las alturas del
Luva, siguiendo los pasos del anterior.
Nos hallábamos á unos diez minutos de
nuestra casa; pero no atreviéndonos á
adelantar más, sino queriendo antes de
todo impedir que los ladrones penetra-
sen en nuestra propiedad, el Padre Su-
perior dió orden de retirada, lo cual
se verificó sin que los bandidos nos in-
quietasen. Durante estos sucesos, todos
los pobres indígenas que habían puesto
su confianza en nosotros se recogieron
en nuestra casa seguros de que fuera de
ella no escaparían de la muerte ó de la

esclavitud. Otros habian huido al lago en sus botes, ó estaban escondidos en los cañaverales. Las mujeres y los niños, asustados y llorosos, oraban en la capilla, mientras que los alumnos del asilo de huérfanos rezaban el rosario y las mujeres en el corral del *tambe* repetían los rezos que sabian de memoria. Repartimos entre los hombres de nuestras aldeas cristianas una buena cantidad de municiones pero, prohibiéndoles salir, les mandamos sin embargo estar prontos á defender la entrada de nuestra *boma* (trinchera), en caso de otro ataque, y á gastar el último cartucho en la defensa, antes que permitir que las mujeres, cuyas almas habíamos conquistado para Dios, y los pobres indígenas que se refugiaban á nuestro amparo, cayeran en manos de sus feroces perseguidores. Mientras tanto entablábamos negociaciones con el enemigo para enterarnos de si en verdad Mahoma, que se llamaba amigo nuestro, habia mandado robar la mision, y si Said Bargasch, Sultán de Zanzíbar no le habia ordenado que nos respetasen. Componíase nuestra guarnicion de 100 hombres armados de escopetas, de 200 negros con lanzas, 300 á 400 mujeres y otros tantos niños, incluso los del asilo de huérfanos; entre todos 1.000 personas.

»Estábamos pues alerta, y guardábamos nuestra colina, poniéndonos bajo la proteccion de Dios. Pero entrada ya la noche, los *wangwana* cuparon sin disparar un solo tiro las aldeas vecinas robando todo lo que encontraron á su paso. Aun cuando con nuestras armas podíamos estorbarles en el saqueo, creimos más prudente negociar con ellos para saber cuales eran sus intenciones respecto á nuestros cristianos. Esta vez atendieron nuestras reclamaciones, contestando que efectivamente eran gente de Mahoma, y que el jefe del bando no tardaria en llegar. En efecto, su lugarteniente vino á las seis y media y no pudiendo avistarse con nosotros á causa de una fingida ó verdadera indisposicion, nos escribió la noticia de que su capitán tenia orden de Said Bargasch de no saquear á los blancos, y que su tropa iba solo á combatir á los negros del pais. Al mismo tiempo, nos envió una muger, suegra de uno de nuestros cristianos, que poco antes habian hecho prisionera, participándonos que á la mañana siguiente todo se arreglaría...»

* *

Domingo 4 de Diciembre.

«¡Alabado sea Dios! La noche pasó tranquila; los centinelas no observaron

nada que motivase una nueva alarma. A la madrugada dijimos misa, y despues, á eso de las siete, el P. Vincke salió para una de las aldeas saqueadas ayer, con el fin de hablar con el jefe de los bandidos. Este lugarteniente de Mahoma es un mulato de estatura baja, entre 25 y 30 años de edad, de perilla negra y bronceada tez. Apenas introducido en la choza, nuestro Padre Provicario le preguntó si de esa manera pensaba cumplir las órdenes del Sultán, devastando el pais, casi bajo las tapias de nuestra casa. El contestó disculpándose y diciendo que habia mandado á su gente no robarnos ni perseguir á nuestros niños; pero que sin duda sus *rugarugas*, que no conocian la disciplina, habian confundido el pais de Pora con el nuestro, absolutamente contra su voluntad. El Padre pidió entonces que devolviesen los dos niños que le habian robado á nuestros neófitos, lo cual le fué concedido en el acto. Así llegamos á un pacífico acuerdo, comprometiéndose el capitán á que su gente no molestaria á los nuestros, y aconsejándonos rechazar por la fuerza á todo merodeador que se aproximase en ademan hostil á nuestras viviendas.

»Al despedirse de los Padres, Broana Masudi prometió devolvernos la visita por la tarde, y en efecto, así lo hizo, acompañado de unos doce bandidos, á quienes por precaucion no permitimos la entrada. El capitán vestía, con este motivo, un largo chaleco encarnado, como el de los lacayos ó suizos. Hablaba á tontas y locas, contestando á nuestras preguntas respecto de los paises que habia devastado Ruando, al Norte de los lagos de Kiro y Kagdaro, Mañema, Ugabamba, Ubadjewe, etc. Pedigüeño como todos los de su raza, imploró nuestra caridad, y negándole cortésmente cartuchos, le concedimos un par de chinelas, zapatos viejos y una botella... vacía, la cual fué de su agrado.

»Pero por la noche tuvimos el desconsuelo de presenciar desde nuestra colina el triste espectáculo de una *razzia* de esclavos en el pais colindante al nuestro. Adonde quiera que dirigíamos la mirada, veíamos el fuego de las aldeas incendiadas y á sus infelices habitantes huyendo en direccion al lago. Los bandidos volvieron cargados de gallinas, cabras, pescado, *mutana*, etc. Una tropa de treinta ladrones recorrió entonces á nuestra vista los cerros y los establecimientos á orillas del Maongolo, donde los pobres fugitivos se habian escondido; más pronto volvieron con

do á empujones mujeres y niños maniatados. ¡Ay qué doloroso cuadro!

»La noche de este aciago domingo que nunca olvidaremos, el Padre Superior mandó al Padre Vincke al campamento de los árabes á pedir que la tropa se marchase lo más pronto posible, á fin de que los negros pudiesen volver á las aldeas medio destruidas. El Jefe, que parece incapaz de mantener el orden en las filas de sus secuaces, prometió marcharse á la mañana siguiente, y nos dejó comprar cuantas mujeres y niños pudimos pagarle. Todo cuanto poseíamos fué empleado con tan caritativo objeto. ¡Figuraos la alegría de los escogidos que podian volver á su hogar; pero tambien la desesperacion de los infelices á quienes no pudimos libertar, y que en medio de desesperados lamentos fueron obligados á marchar con sus infames verdugos! ¡Ah! ¡Plugiése á Dios que hubiéramos tenido con que poderlos redimir á todos....!»

P. MOINET,

De la compañía de misioneros de Argel.

Bibliografía

LOS HORRORES DE LA TRATA DE NEGROS EN EL ÁFRICA por Humanus, version Castellana aumentada con nuevos é interesantes documentos por E. Vogel y J. Ramonet, con el retrato del Cardenal Lavigérie y un mapa del África central. El producto de la venta se destina á auxiliar el movimiento anti esclavista. Consta de un tomo en cuarto 129 páginas. Precio una peseta.—Madrid, Biblioteca de la Ciencia Cristiana—Villanueva 6,

LA MASONERÍA TAL CUAL ES. Cartas escritas en «El Alicantino» por D. Aescimo J. Baldó, primer tomo en octavo de 272 páginas 4 reales. Para los suscritores de «La Lectura» 3 y medio. Los pedidos al autor.—Villanueva de la Serena.

LAS HERMANAS DE CARIDAD Historia popular de las hermanas de San Vicente de Paul, por Leo Taxi y P. Marcel. Un tomo en cuarto, 338 páginas, 2 pesetas.—Librería de la Inmaculada Concepcion. —Buenos Aires 13 Barcelona

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de «La Semana Católica», Villanueva, 6, bajo.

IMP. DE LA LECTURA POPULAR.

No se admiten libranzas especiales de las últimamente creadas para el pago de suscripciones.